

PERIODISMO Y DEMOCRACIA

**Discursos y conferencias pronunciados en el Seminario
Internacional sobre Periodismo y Estabilidad
Democrática en América Latina, realizado en
Quito, del 7 al 9 de noviembre de 1988.**

CIESPAL FES ILDIS UNP

CONTENIDO

Introducción. <i>Peter Schenkel</i>	5
Carta del Director General de CIESPAL doctor Luis E. Proaño al Director Ejecutivo de Fundación Friedrich Ebert, doctor Ernest Kerbusch	13
Carta del Director Ejecutivo de Fundación Friedrich Ebert, doctor Ernest Kerbusch al Director General de CIESPAL, doctor Luis E. Proaño	15
Carta de Quito	17
Discurso pronunciado por el doctor Rodrigo Borja Cevallos Presidente Constitucional del Ecuador en la sesión de clausura del Seminario	21
Discurso pronunciado por el doctor Ernest Kerbusch en la sesión inaugural	27
Discurso pronunciado por el Presidente de la Unión Nacional de Periodistas Lcdo. Edgar Jaramillo, en la sesión de clausura	32
CONFERENCIAS	
Gobierno y libertad de expresión. <i>Luis E. Proaño</i>	39
Democracia, Eficiencia Gubernamental y Crítica Periodística. <i>Luis E. Proaño</i>	45
La Democracia Latinoamericana: frente a nuevos retos. <i>Luis Maira</i>	52

Los periodistas y la Democracia: Nuevos Desafíos. <i>Carlos Campolongo</i>	73
Organismos de Información Pública y Estabilidad Democrática. <i>Gonzalo Ortiz Crespo</i>	83
El Periodismo y la Estabilidad Democrática: La Visión del Periodista. <i>Roberto Savio</i>	93
El Periodismo y la Estabilidad Democrática: La Visión del Periodista. <i>Carlos Mesa</i>	104
Información Pública y Políticas Gubernamentales. <i>Alejandro Alfonzo</i>	123
Los Medios Privados de Comunicación frente a la Información Pública. <i>Emilio Filippi</i>	134

DEMOCRACIA, EFICIENCIA GUBERNAMENTAL Y CRITICA PERIODISTICA

Luis E. Proaño
Director General de CIÉSPAL

“El Periodismo y la Estabilidad Democrática en América Latina” fue el objeto de este seminario, honrado con la presencia de todos ustedes, distinguidos representantes de los medios de comunicación, de la política y las demás disciplinas de las ciencias sociales.

Apenas basta un fugaz momento de reflexión para percatarnos que, detrás de ese objetivo, subyace un miedo que torna vulnerable una esperanza e incierto el resultado de una opción.

La esperanza es la de lograr el afianzamiento democrático y el miedo se nutre en la derrota que ha sufrido, recurrente, este intento idealista, dejando a los latinoamericanos sin el resorte de la fe, sin la confianza en la tradición, dudosos de la sabiduría colectiva, escépticos ante la fuerza de la razón, en peligro de que se agote la conciencia humana y caiga en la apatía, no tanto por el hambre y la desnutrición cuanto por la mengua del coraje viril que convierte el valor en cualidad insólita que solo algunos poseen.

Para vencer ese miedo estamos aquí. Al miedo se lo domina enfrentándolo. Cuando el hombre le vuelve la espalda deja de pensar con la cabeza y comienza a hacerlo con los pies, iniciando veloz, la carrera de la cobardía.

Si mantener queremos el imperativo de la libertad que ha resonado en Latinoamérica por más de 150 años, debemos someter la realidad a un severo análisis que descubra el límite del sueño y nos permita no sentir la vida como un terrible azar, en el que el hombre dependa de voluntades misteriosas y latentes que operan según el ritmo de imprevisibles caprichos.

Ese análisis exige una depuración de la esencia de la democracia y un aquilatamiento de sus postulados.

Para contribuir a la estabilidad democrática, el periodista debe tener una idea clara de su significado, sus límites y alcance. Un periodista no podrá comprometer su acción a favor de un ideal democrático que se agote en el formalismo de determinado sistema de gobierno y en la renovación ritual de sus gobernantes sino en una democracia que se esfuerce en obtener la mejor vida posible para sus conciudadanos, el ámbito más amplio de la libertad individual, e igual oportunidad para que todos puedan llegar al más completo desarrollo de su personalidad conforme sus capacidades innatas lo permitan.

El propósito de la democracia debiera ser encontrar la forma de ampliar la libertad, en un mundo condenado al cambio vertiginoso e incesante, y acortar la brecha entre las instituciones y creencias heredadas y un medio ambiente en perpetuo movimiento, para moldear la historia controlando las energías desencadenadas por la ciencia y la tecnología.

La creatividad es el arte de gobernar y la oportunidad su arma. La política es esclava del reloj. El estadista es víctima de la emergencia; prisionero de la crisis y aun en épocas apacibles, siervo de los plazos que se vencen. A menudo debe asirse a ideas prematuras y usarlas sin conocer las consecuencias porque si espera demasiado para estar absolutamente seguro de los hechos, puede perder el control de los acontecimientos.

Hace falta igualmente insistir en que la esencia del proceso democrático es el gobierno por consentimiento, resultado de la discusión libre y ecuaníme, y que no debemos abandonar la fe en la racionalidad del hombre a pesar del éxito pasajero de la manipulación publicitaria.

Cuando los gobernantes tienen como meta el aumento de la autoridad personal o la protección de la voracidad y el privilegio corrompen los cimientos de la democracia. Cuando su objetivo es la abolición de la opresión social, el incremento de las oportunidades para los pobres y marginados y el respeto a la libertad de expresión alejan el peligro de las dictaduras.

El pensamiento democrático actual considera a la igualdad como un ideal y no como un hecho; como una meta alcanzable pero no por el recurso a la violencia sino por una evolución dialéctica a través de la cual el sentido innato que posee el hombre por la justicia, prevalecerá finalmente sobre sus más bajos instintos, descubriéndole las ventajas de la solidaridad social frente al goce desmedido del egocentrismo plutocrático.

El empleo de la violencia para destruir la opresión e instaurar la verdadera libertad puede ser en ocasiones el último recurso de las sociedades atrapadas en situaciones desesperadas. Pero en una rebelión, como en una novela, decía Tocqueville, la parte más difícil es inventar el final.

Sin embargo, las dificultades recientes de la democracia latinoamericanas han sembrado la duda en la posibilidad de la pacífica y ordenada adaptación de las instituciones gubernamentales, económicas y sociales y mientras el conservador permanece demasiado satisfecho e inimaginativo, el radical se inclina, cada vez más, impaciente a implantar su propia utopía aun recurriendo a la violencia.

Otro de los problemas que más de cerca atañen al periodista es el de conciliar la libertad con la autoridad. La democracia exalta la libertad y sospecha de la autoridad, rezago de la reacción contra el absolutismo monárquico y las dictaduras criollas. Preferimos así un gobierno estrictamente limitado bajo el paliativo de salvaguardar la democracia aunque en la práctica su debilidad desemboque en la anarquía y su eventual destrucción.

Para conocer las fatigas del poder dirijámonos a los que lo tienen en su mano; para conocer sus placeres, vayamos a aquellos que andan tras de él; los sinsabores del poder son reales; sus placeres, imaginarios.

Las dictaduras se producen con más frecuencia por el fracaso de los gobiernos débiles que por el éxito de los vigorosos.

En este contexto vale la pena analizar, así sea de paso, el papel de la oposición. La crítica a la política gubernamental, llevada a cabo por un partido de oposición, no se la hace para que el gobierno

corrija sus errores, enmiende su rumbo y en consecuencia tenga éxito y sea reelegido. Su estrategia está dirigida a hacer que la opinión pública sea adversa al gobierno cobrando conciencia de sus desaciertos, con la esperanza de convencer a la ciudadanía de la bondad de la ideología opositora y de sus programas de acción y asegurarse el triunfo en la próxima elección. Y aquí yace la diferencia medular entre el periodista y el político.

El periodista critica para que el gobierno cambie si se encuentra errado y lo estimula para que se afirme en su acción si responde a los intereses del pueblo.

Muchos se preguntan si la democracia puede prosperar cuando la riqueza económica se concentra en un número demasiado reducido de personas. No es difícil entender el peligro que encierran las grandes corporaciones que acumulan gigantescos capitales, controlan un sin número de empresas, crean cadenas de almacenes, se diversifican en firmas financieras, se asocian con carteles internacionales, limitan la competitividad de los pequeños empresarios y despojan a los demás de la igualdad de las oportunidades de trabajo e inversión.

El cometido de un gobierno no es hacer al pueblo rico, sino protegerlo mientras se enriquece por sí mismo.

Los grupos económicos poderosos tratan de moldear las decisiones políticas para salvaguardar sus intereses y la mayoría popular se esfuerza en ampliar su poder político para mejorar su condición económica y social. ¿Se puede hablar de soberanía popular y democrática cuando la mayoría de la nación carece de independencia económica y seguridad de trabajo justamente remunerado?

La democracia es un sistema de tendencias positivas y negativas, se agudezas y clarividencias, de torpezas y cegueras. Mientras más duro es el contraste entre el ideal y la práctica, lo primero que se advierte es la presencia de las propensiones negativas y la historia practica un extraño pudor que le impide referirse a lo positivo de la democracia ni siquiera en forma de breve alusión. Las quejas más comunes en contra de la democracia, se refieren a su incapacidad para funcionar eficiente, pronta y honestamente.

En contraste, las dictaduras reclaman para sí, como justificación inherente, la celeridad eficaz de la acción y en consecuencia se presiona a los gobiernos democráticos a actuar conforme a pautas exigentes e imposibles. No debemos olvidar que las acciones del sistema democrático que buscan solidaridad nacional, orden, libertad y oportunidad para el desarrollo autónomo de la persona, no pueden ser valoradas mediante la relación simplista de rendimiento y esfuerzo. La educación, la seguridad social, la salud y otros servicios similares no pueden ser medidos solo por su costo o por el número de personas empleadas para suministrarlos.

El mejor gobierno no es, necesariamente, el menos costoso o aquel que funcionó con el menor número de empleados, ni la rapidez con la que un gobierno actúa es por sí misma prueba de superioridad. La prontitud en la respuesta es deseable, pero también lo son la sabiduría y la justicia.

La democracia se equivoca, pero lo mismo acontece a los reyes, a los grandes industriales y a los dictadores. Hitler y Mussolini fueron modelos de eficacia y ello sirvió para precipitar a sus pueblos en el desastre y la desesperación. Por eso, me vais a permitir que termine con una palabra de cautela, que John Strachey, notable político del partido laborista inglés escribió en su libro "The Challenge of Democracy".

Los barcos de todo el mundo tienen una línea pintada en el casco, decía. Esta marca se llama la línea de Plimsoll, nombre del parlamentario británico que en el siglo pasado hizo aprobar una ley, en virtud de la cual se declaró obligatorio marcar así todos los barcos e ilegal el cargar tanto las naves que la línea quedara sumergida.

Todos los países de América Latina tienen marcada una línea de flotación invisible. Si la nave del estado navega con esa línea por encima del agua, las instituciones democráticas funcionan. Por el contrario, si la nave está tan sobrecargada de dificultades que la línea queda sumergida, la democracia sucumbe.

Y en los países que no han alcanzado cierto nivel de desarrollo general, representados por esa línea, cualquier intento de establecer instituciones democráticas será, en el mejor de los casos, difícil, y con mayor frecuencia peligroso.

Las instituciones democráticas tendrán, en cambio, un valor inapreciable para cualquier país que haya evolucionado hasta pasar la línea de Plimsoll, es decir, que ya no esté sobrecargado por el analfabetismo, la pobreza, la desnutrición, los conflictos raciales o cualquier otra de las terribles cargas que tantos pueblos tienen que soportar.

El periodista es el guardián de los intereses del pueblo. El ejercicio de su noble tarea le exige medir responsablemente el peso de su crítica para no sobrecargar la nave democrática más allá de su límite de flotación pues luego tendrá que buscar una tabla donde salvarse de naufragio.

La ardua tarea de este seminario se ha visto coronada por el éxito, más allá de nuestra esperanza, por el concurso generoso del talento y penetración de nuestros colegas periodistas del Ecuador y América Latina. Una vez más CIESPAL les reitera su agradecimiento.

Señor Presidente, nuestra institución se siente honrada con su presencia que da singular realce a nuestro esfuerzo porque es usted hombre de insobornable convicción democrática, y que ha merecido la confianza del pueblo ecuatoriano por haberle demostrado a lo largo de su carrera política que para usted la democracia no es una forma de gobierno sino una encarnación de la justicia social sin la cual la libertad pierde su lustre y atractivo.

Hoy día llega a su culminación una etapa de 18 años de colaboración de la Fundación FRIEDRICH EBERT y CIESPAL, que nos ha permitido formar a miles de periodistas y profesores de América Latina y cumplir eficientemente con las exigencias de nuestra institución.

Este apoyo extraordinario en generosidad no podía menos que ser reconocido con profunda gratitud y por eso el CONSEJO DE ADMINISTRACION, POR UNANIMIDAD concedió al doctor ERNEST KERBUSCH, noble amigo y gestor principal de esta ayuda, su máxima condecoración, que esta noche será entregada por el señor Presidente de la República.

Al doctor Peter Schenkel que ha trabajado hombro a hombro

con nosotros, con enorme dedicación, talento y responsabilidad, la UNION NACIONAL DE PERIODISTAS decidió entregarle el Botón de Oro.

Ruego a todos los aquí presentes, en especial a quienes representan al periodismo latinoamericano unirse a CIESPAL en este justo tributo, porque no solo es el Ecuador el que está en deuda, sino todos nuestros países hermanos.